

Aclara luego que no como objeto propio e inmediato, sino consiguiente al conocimiento de los efectos de Dios: "Una volta però che quella cognizione ha determinato l'oggeto, è la stesso desiderio nativo di cognoscere le cause che vi si porta spontaneamente" (pág. 70). Por fin, en el último capítulo, expone la capacidad natural del sobrenatural en el hombre, en base a la idea de potencia obediencial fundada en la imagen de Dios impresa en su alma, como sutilmente distinta a aquella que es común a todos los seres creados ante la omnipotencia del creador y determinada exclusivamente por la simple no contradicción. Acaso con ello quiera interpretar este deseo natural de la visión intuitiva como meramente pasivo. Cierra el trabajo la conclusión que es una breve síntesis de lo expuesto en el mismo.

Aunque el opúsculo no aporte ya hoy novedad al desarrollo de la teología especulativa, cumple sin embargo su doble finalidad de servir de homenaje del Collegio Alberoni a uno de sus maestros y de refrescar en los lectores la doctrina del sobrenatural y el deseo de la visión, como también las controversias habidas sobre la interpretación de S. Tomás, aportando a ellas lo propio, que ciertamente no las clarifica.

Por otro lado esta obra, correctamente presentada, viene a constituir la publicación nº 34 de las Monografías del Collegio Alberoni (Pubblicazione diretta dai professori del Collegio Alberoni di Piacenza).

EDUARDO MIRÁS

OCTAVIO N. DERISI, *Esencia y ámbito de la cultura*, Editorial Columba, Buenos Aires, 1975, 69 pp.

Esta obra de Mons. Derisi está dividida en seis capítulos y una "Conclusión". Los títulos de los capítulos son: *Qué es cultura*; *El ámbito de la cultura*; *El orden jerárquico de la cultura*; *Persona y cultura*; *Cultura y valor*; *La cultura o humanismo cristiano*. La conclusión se titula *Espíritu, cultura y valor*.

En el primer capítulo el autor se preocupa por definir con precisión su concepto de cultura. La cultura es el resultado de la acción transformadora humana (inteligencia y libertad: espíritu) sobre la naturaleza dada (material y espiritual). Esta acción sobreeleva a la naturaleza y la hace además medio de encuentro humano, en cuanto ella resulta así *expresión* de las intenciones de un espíritu. La cultura se origina así sólo en el hombre y a él se ordena para perfeccionarlo mediata o inmediatamente.

En el capítulo II el autor afirma que "...la acción del espíritu en busca de la realización de un bien o valor puede incidir: 1) o en las cosas materiales, 2) o en el propio espíritu, a) ya en la voluntad, b) ya en la inteligencia. La primera actividad cultural se organiza como un hacer *técnico y artístico*, la segunda, ya como un *obrar moral*, ya como un *contemplar científico y filosófico y teológico* de la verdad" (p. 13). Mons. Derisi presenta aquí la cultura como una obra del hombre *en el hombre*, ya que la entiende como el conjunto de los hábitos humanos, aún en el caso que se produzca una obra externa (técnica y arte). Así, dice el autor: "Lo que importa en la técnica no es tanto la buena factura lograda, como el *artesano bien formado para hacerla*. De aquí que la cultura técnica —toda cultura— resida esencial y permanentemente en el hombre, en su actividad espiritual —y en la material bajo la dirección de ésta—, enriquecida con los *hábitos*, que lo capacitan para realizar con perfección y facilidad los bienes útiles". (p. 15). Y también: "Actividad asimismo

del hacer, transformadora de las cosas materiales para convertirlas en bellas, también el arte reside más en los *hábitos* del que las realiza, que en las obras mismas de ella". (p. 15).

En el capítulo titulado *El orden jerárquico de la cultura* advierte Mons. Derisi que la cultura siempre resulta de la atracción que los valores ejercen sobre el hombre para moverlo a encarnarlos. Pero estos valores tienen un orden jerárquico que se comunica luego a la cultura. "Los valores trascendentes, cuya realización constituye la *cultura*, se dan, pues, en un orden jerárquico ascendente: de *utilidad, belleza, bondad y verdad*." (p. 22). Así entonces, la cultura ha de ordenarse desde la técnica hasta culminar en la *cultura teórica*, en una escala ascendente y de integración coherente de lo inferior en lo superior.

Pero los bienes que engendra la cultura y los valores que la mueven son participaciones del Bien supremo que es Dios, son anuncios y realizaciones finitas que apuntan hacia el Ser y Bien infinito. De allí que toda la cultura —como todos los pasos del camino del hombre— esté como atraída y movida finalísticamente por Dios. "Toda la constelación de los bienes o valores que, desde la trascendencia, determinan a la persona humana a realizar cultura son, por participación o reflejos, esencialmente dependientes de la Belleza, Bondad y Verdad infinita. Por eso, la cultura depende ante todo de este Ser infinito, y sus realizaciones artísticas, morales, científicas y filosóficas son el camino de aproximación incesante, la búsqueda quemante de ese Bien o Ser infinito, a través de sus reflejos o participaciones finitas." (p. 26). Lógicamente entonces, la actividad religiosa ha de ser la culminación de la *cultura o perfección del hombre o humanismo*.

Los capítulos IV y V son una suerte de revisión de lo ya explicado, pero mostrando cómo surgen todas las notas de la cultura de la naturaleza específica del hombre como ser espiritual encarnado. De este modo, cobran aquí especial relieve el carácter temporal e histórico de la cultura, junto con su profusión incesante de manifestaciones y estilos siempre nuevos. Todo ello resulta, para el autor, de la inadecuación constante entre lo naturalmente siempre apetecido por el hombre —la Belleza, la Bondad y la Verdad— y lo realmente por él efectuado, que queda siempre en los límites de las realidades de este mundo —natural y cultural— finito.

Del mismo modo, desde la naturaleza del hombre como unidad jerárquica de aspectos diversos, despliega el autor su concepción jerárquica de los valores como objetos naturalmente adecuados a aquellos aspectos. La jerarquía de estos valores funda a su vez la jerarquía de las diversas realizaciones culturales.

El capítulo VI muestra cómo el Cristianismo permite ver en una nueva luz toda la cultura natural humana y la hace cumplirse más allá de sí misma en una "cultura o humanismo cristiano". Pero Mons. Derisi advierte que ni siquiera la cultura o humanismo puramente natural es *moralmente* posible sin el auxilio de la gracia. Dos párrafos-síntesis serán suficientes para mostrar directamente el contenido de este capítulo. "El punto de partida de la cultura del cristianismo no es, pues, sólo el hombre tal cual es por su naturaleza, sino el hombre debilitado en su ser propio por el pecado, pero a la vez sanado y elevado a una vida sobrenatural, que desde el seno del Padre ha descendido por el Hijo Redentor. En una palabra, es el hombre incorporado a la filiación divina en Cristo, en su Cuerpo místico de la Iglesia, por el bautismo" (p. 54). "El humanismo o desarrollo armónico del hombre, de su cuerpo y vida vegetativa al servir a su vida consciente material de los sentidos, y de ésta al servir a su vida espiritual de la inteligencia y de la voluntad, a su vez sometidas a la

verdad, bien y belleza trascendentes, los cuales, en definitiva, son la Verdad, Bien y Belleza identificados en el Ser de Dios, únicamente puede alcanzarse bajo el influjo sanante de la gracia o, en otros términos, la cultura humana o el humanismo sólo es alcanzable cuando es cristiano, y un puro humanismo con independencia de la gracia y fuera del Cristianismo es moralmente irrealizable" (p. 56).

El autor advierte, además, cómo el humanismo cristiano se alcanzó en la Edad Media europea, aunque le "faltó el aspecto material, científico y técnico para que fuese logrado integralmente" (p. 57). Esos aspectos entonces ausentes y hoy tan vigentes son valorados, naturalmente, como positivos por el autor, que reclama su información por el espíritu cristiano. Lejos entonces Mons. Derisi de un rechazo masivo e indiscriminado de los adelantos científico-técnicos de nuestra época, y con ello se opone a no pocas voces, provenientes de distintos ámbitos de la filosofía, que dudan de la rescatabilidad de nuestro tiempo y sus cosas.

La "Conclusión" es una síntesis de lo visto en los capítulos precedentes, según sus tesis centrales.

Este libro del Rector de la Universidad Católica Argentina constituye una visión de la cultura desde una perspectiva estrictamente tomista. La fidelidad al pensamiento del Aquinate confiere al discurso de Mons. Derisi precisión conceptual y concisión expositiva.

Hace ya tiempo que en otros escritos suyos el autor viene reclamando de los filósofos tomistas adhesión a los principios perennes del Angélico y simultánea visión de los problemas de nuestro tiempo. Y aquí, precisamente, asistimos a la dilucidación de una cuestión actual por su iluminación desde los grandes principios del ser y del pensar. Con ello está dicho que esta obra está, en definitiva, en el plano de la metafísica, ciencia antigua como el ser pero también actual y temporal como las cosas de los hombres.

Este moverse en la cercanía de los principios otorga a cualquier exposición filosófica una cierta aridez, pero ello es el precio ascético necesario para luego poder ver y orientarse en la maraña de las cosas de nuestro tiempo.

Y esta cercanía del pensamiento a los principios constituye también una buena tarea docente. En efecto, así se abren horizontes y se señalan rutas para que luego puedan ser seguidas por quien quiera internarse en su propia experiencia personal. La cercanía a los principios metafísicos en la exposición docente ata a lo perenne a quien atiende —a lo que nos especifica como hombres: el ser y su verdad— y libera para la vida y experiencia personales y cambiantes. Esta tarea docente y orientadora cumple la obra de Mons. Derisi.

Este libro no aporta exposición ni discusión de posiciones diversas de la del autor, pero pensamos que ello ha sido querido por él para adecuarse a las exigencias de síntesis de la "Colección Esquemas".

N. A. CORONA